

Leyendas de las tierras de Helárisos II

La guarida del Augur

Pablo Martínez Fernández

Copyright © Pablo Martínez Fernández
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-617-4324-7

Diseño de cubierta: Joe A. Arca
Maquetación: Pablo Martínez Fernández

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

«Desde tiempos inmemoriales, algunas personas se han jactado de poder ver el futuro. Hay quien dice que es cierto, que nuestro destino está sellado desde que nacemos. Otros, en cambio, piensan que somos libres de forjar nuestras vidas, y que nadie puede anticipar el futuro. Es posible que todos se equivoquen. Tal vez seamos libres de decidir, y sin embargo no nos demos cuenta de las consecuencias de nuestras decisiones hasta que ya es demasiado tarde. De ser así, el afán de conocerse a uno mismo, de conocer el mundo que nos rodea, se convierte en la única medida de la libertad que realmente poseemos.»

Sobre los mitos del Culto Profético

Pliterno de Queitaris

- I. Rumores en la plaza
- II. La herencia de Soloscrán
- III. Un cuchillo a plena luz
- IV. La leyenda del Augur
- V. Adiós a la Ciudad Eterna
- VI. El Muro de Tergocles
- VII. Las tierras de Áquiros
- VIII. Una celada en el camino
- IX. El general
- X. Tras la pista del discípulo
- XI. El legado de los profetas
- XII. En las estancias de procónsul
- XIII. El adiestramiento de Erban
- XIV. Erixëa
- XV. Perseguidos
- XVI. El ascenso a la cumbre
- XVII. Las palabras del Augur
- XVIII. El destino del Elegido

Rumores en la plaza

Como cada mañana, una concurrida muchedumbre llenaba la Plaza de los Olivos, en pleno corazón de la ciudad de Queitaris. Los vivos colores de los puestos de los mercaderes y la variedad de ropajes del gentío brillaban como fuego entre el oscuro verdor de los árboles que daban nombre al lugar.

El otoño comenzaba a asomar en alas de un viento fresco y un sol más tibio, lo que empujaba a la gente a aprovechar los últimos días de calor, antes de que la sombra de los olivos se volviese demasiado fría para dejar pasar las horas a su abrigo.

Los mercaderes voceaban a gritos la calidad de sus productos, sin desanimarse porque la atención de la concurrencia se centrara más en los corrillos de chismosos y en los rumores que saltaban de boca en boca que en las variadas mercancías expuestas. Un buen número de personas se arremolinaba en torno a la Fuente de los Inmortales, en pleno centro de la gran Plaza, discutiendo las últimas noticias de dentro y fuera de la ciudad mientras almorzaban con un poco de vino y queso marquiso.

—Ya se acercan los comicios —comentaban unos—. ¿Quién pensáis que se presentará contra Aristeo?

—Después de todo lo que pasó hace un mes, no creo que nadie se atreva a arriesgar su carrera contra el Pritán —replicaban otros—. Aristeo tiene todas las de ganar.

—¡No te apresures! Hay varios miembros de la Ecclesia que podrían plantarle cara.

—¿Y perder el cuello? —sugerían algunos, bajando la voz y mirando a su alrededor con ademán misterioso—. ¿No creéis que, tal vez, lo que le ocurrió a Cleandro Nemicles fue una emboscada del Pritán, porque aspiraba a sucederle?

—¡Tonterías! —exclamaban unos cuantos con indignación—. Yo vi con mis propios ojos los disturbios. ¡Había milicianos conchabados con el Edil! ¡Intentaron asaltar la Cámara a traición!

—Si os interesa mi opinión, ese Cleandro no era de fiar.

—¡Sin duda! Y no olvidéis lo más importante: Fue el mismísimo Elegido el que le venció y evitó que se hiciera con el poder.

—¡No me vengas con cuentos! —despotricaban unos pocos—. Eso del Elegido y la Profecía es una estupidez tan grande como el Muro de Tergocles.

—Ríete si quieres, pero yo tengo un conocido que trabaja en el Hospicio de Enfermos de la Villa, y me contó que atendieron a un muchacho aquella noche. Tenía las marcas de los Dioses en sus manos... y la Lanza del Tirano junto a la cama.

—¡La Lanza del Tirano! —una mezcla de miedo y respeto tiznaba las voces de la gente—. Yo personalmente no me fiaría de alguien que empuña esa arma, por muy “Elegido” que sea.

—Pues a mí me han comentado que eso significa que volverán los tiempos de los primeros Arcontes.

—¿Y quién quiere a los Arcontes? No nos trajeron más que desgracias, sobre todo el último. ¡Por mí que ese “Elegido” se meta su destino donde le quepa!

Decenas de conversaciones similares se podían escuchar esa mañana en la Plaza de los Olivos y en torno a la fuente. La gente de Queitaris, acostumbrada a discutir con verdadera pasión los asuntos públicos, llevaba un mes sin hablar de otra cosa que no fuera la sorprendente caída en desgracia del Edil Cleandro Nemicles, así como de los muchos rumores, la mayoría fantásticos y espectaculares, que circulaban en torno a las circunstancias de su muerte.

Algunos de los cuentos eran tan disparatados (batallas épicas en el interior del Bastión, poderes divinos cayendo de los cielos, el Elegido desatando la furia de la naturaleza con un solo gesto y cosas por el estilo) que Erban no sabía si echarse a reír a carcajadas o lamentar la desilusión que se llevaría la gente si supiera la simple y poco heroica verdad: Si él todavía estaba vivo, y con unas extrañas marcas en las manos como recuerdo de aquella noche terrible, se debía únicamente a sus amigos y a una enorme ración de buena suerte.

Erban suspiró y se recostó contra el tronco del olivo a cuya sombra se había sentado a descansar. Trataba de mantenerse al margen de los corrillos pero sin dejar de prestar oídos a lo que la gente discutía y comentaba. A pesar del buen tiempo, llevaba unos pesados guantes de cuero que Nefira le había prestado para disimular los extraños dibujos, y se cubría con un sencillo manto color pardo y una capucha para pasar desapercibido entre la multitud.

Semejantes ropajes le daban un calor insoportable, pero Aristeo se había mostrado inflexible: No le permitiría salir de la Villa del Arcontado si antes no se disfrazaba convenientemente. Erban obedecía con gusto si así podía por fin explorar el resto de Queitaris, algo que había estado deseando hacer desde que llegara a la ciudad.

Un hombre de rasgos moijures pasó cerca de él, ofreciendo pan recién horneado

a un par de sestres la pieza. El olorcillo le recordó que la mañana ya estaba muy avanzada, así que compró una hogaza con algo del dinero que Aristeo le había proporcionado, y se sentó a comerla junto a la gran fuente. El murmullo del agua le ayudó a ignorar durante un rato la animada charla del gentío.

Habían pasado ya cuarenta días desde su enfrentamiento con Cleandro en el Bastión del Tirano, y ni uno solo de ellos había dejado de darle vueltas a lo ocurrido aquella noche terrible. La indescriptible sensación que inundó su mente al hacerse con el *Spetión* todavía aceleraba su pulso, y los dos rostros superpuestos que había entrevisto por un aterrador instante a través de la hoja de acero se dibujaban una y otra vez en sus sueños: La mirada asustada de Cleandro, y los ojos afilados de un semblante envuelto en sombras...

Pero lo que más le preocupaba era saber por qué aquel extraño artefacto le había escogido como portador. El *Spetión* le asustaba y le fascinaba al mismo tiempo. Cada vez que salía a recorrer las calles de Queitaris, lo guardaba en una caja cerrada con llave y escondida bajo un tablón del suelo de su habitación en la Hospedería. Y sin embargo, esa precaución no evitaba que sintiera un inconfesable temor a que alguien descubriera el escondrijo y le arrebatara la Lanza.

Era mucho más que una simple y razonable inquietud. Era un escalofrío de miedo que le agarrotaba las entrañas, una especie de eco resonando en sus oídos, que se hacía más fuerte en cuanto el *Spetión* se encontraba lejos de sus manos. A veces tenía la sensación de que la Lanza le echaba de menos y lo llamaba a gritos...

Tales pensamientos hicieron que Erban se estremeciera, a pesar de lo cálido del día. Echó un vistazo rápido a su alrededor para asegurarse de que nadie le observaba, y se quitó el guante derecho, inclinando luego la mano hacia la superficie tranquila del agua.

El símbolo del vórtice, de un negro intenso que destacaba en su piel morena, parecía una quemadura borrosa en el reflejo de su mano. Las líneas sinuosas que recorrían sus dedos hasta la base de las uñas asemejaban una telaraña de trazos gruesos.

Erban escudriñó cada detalle del misterioso dibujo. Hasta ahora nadie había sabido explicarle su significado. Él, de momento, dejaba pasar los días sin preocuparse demasiado, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a aquel enigma y desentrañarlo. De alguna forma que no podía entender, sentía que estaban en juego muchas cosas.

Entre ellas, su propia vida y su futuro.

—¡Qué dibujo más extraño!

Erban se sobresaltó y cubrió su mano a toda velocidad. Una niña encaramada al pretil de la fuente le observaba con ojos curiosos.

—¿Qué significa?

—Esto... —Erban vaciló, desarmado ante la mirada inquisidora de la niña—. Pues... no se lo digas a nadie, pero es una señal secreta de los... uhmm... los bardos de la Marca, eso es. Para reconocernos entre nosotros, ¿comprendes?

—¿Bardos? —la niña sonrió de oreja a oreja—. ¡Qué divertido! ¿Por qué no cantas algo?

Erban miró a la niña con horror. ¿Cantar?

—¡Ilura, ven aquí inmediatamente! —una mujer se acercaba a toda prisa, con semblante de enfado—. ¡Te he dicho mil veces que no te separes de mí!

—¡Mamá, mamá, es un bardo! —exclamó la niña, riendo mientras corría hacia su madre—. ¡Tiene una marca secreta de los bardos! ¡Dile que nos cante algo, por favor!

Pero Erban ya se había levantado de un salto y se alejaba entre en gendío, maldiciéndose en voz baja por su genial ocurrencia.

* * *

—¿Un bardo? ¡Menuda idea!

Nefira rió a carcajadas, provocando que varias miradas sorprendidas cayeran sobre ellos. Rojo de vergüenza, Erban trató de acallar a su amiga, pero fue en vano. La guardiana estaba de muy buen humor últimamente, y no paró de reír hasta que se atragantó.

—¿Y no le cantaste algo a la niña? —musitó entre toses, sin dejar de sonreír burlonamente—. Una bonita tonada de la Marca, tal vez...

—Sí, claro —rezongó Erban—. Con un rasgueo de bandurria para acompañar, si te parece...

Nefira asintió, riendo en voz baja, y dio un tiento a la jarra de vino. El ambiente caldeado del salón de la Hostería invitaba a refrescarse. No había mucha gente aquella tarde, sólo algún que otro huésped solitario y algunos funcionarios de las magistraturas de la Villa. Erban y Nefira se habían sentado en una mesa del rincón, cerca de la chimenea de piedra en la que agonizaban los rescoldos de un gran fuego.

—En fin, dejando a un lado tus intentos de emular a los nobles bardos de la

Marca... —sus ojos verdes centellearon, divertidos—, ¿qué tal te va? ¿Has hecho algún progreso con... *eso*?

Erban negó con la cabeza, apesadumbrado. Había sustituido los pesados guantes de cuero por unas sencillas vendas de tela oscura, y mantenía las manos cruzadas sobre el regazo para alejarlas de miradas indiscretas.

—He buscado en la Biblioteca, pero hay miles de volúmenes y pergaminos. ¡Demasiado para mí! El Pritán me echa una mano de vez en cuando, aunque casi nunca tiene tiempo. Y menos ahora que se acercan los comicios.

—No creo que tenga ningún problema en ganar otra vez la Pritanía. Después de lo ocurrido, ha demostrado que es un buen líder y todo el mundo le votará.

Erban se encogió de hombros. La política de Queitaris, con sus elecciones y sus asambleas, le resultaba confusa. Las cosas eran mucho más simples en su aldea, allá en la Marca.

—Sobre eso no tengo ni idea. El caso es que no he encontrado la menor pista sobre los símbolos de mis manos. Hay muchos documentos que mencionan sellos divinos y marcas del destino, pero casi todo son cuentos o leyendas. Y los pocos que parecen tener algo de verdad son demasiado ambiguos.

Un suspiro escapó de sus labios.

—No sé, Nefira. Cada vez estoy más seguro de que la respuesta no la encontraré en Queitaris.

La sonrisa de la guardiana era ahora comprensiva.

—Entonces, sigues pensando en marcharte.

—Tal vez —Erban se recostó en la silla—. ¿Pero a dónde podría ir? Helárisos es enorme, y no tengo ganas de pasarme la vida caminando de aquí para allá hasta que los Dioses de la Tierra se decidan a ponerme sobre la pista.

—Lo que pasa es que te estás apoltronando de nuevo, ¿verdad? Por mucho que lo niegues, el posadero haragán sigue ahí dentro, ¡y maldita la gracia que le hace renunciar a tantas comodidades! ¿O acaso me equivoco?

Erban respondió a la chanza con una sonrisa desganada. Su amiga no se equivocaba demasiado. Pero no era su natural pereza la que le impelía a quedarse en Queitaris, sino el hechizo fascinante de la ciudad.

Al pensar en ello, un vendaval de imágenes desfilaron por su mente, retazos de sus vagabundeos por Queitaris: barrios enteros dedicados a la más variada artesanía, imponentes torres devoradas por la hiedra, avenidas tan frondosas como bosques,

bosques que trazaban calles y plazas a la sombra de sus hojas, templos nuevos que nacían de la ruina de los antiguos...

La ciudad escondía un sinfín de sorpresas en cada recodo de sus viejas calles, multitud de lugares que impresionaban a la vista y tocaban el corazón con todo el peso de sus siglos de historia.

Pero Queitaris era mucho más que un monumento lleno de recuerdos. La vegetación abrazaba la piedra tallada, otorgándole color y vida, iluminando el escenario por el que transitaban gentes de cien naciones y lenguas. Queitaris albergaba un trocito de cada rincón de Helárisos, de tal forma que resultaba imposible sentirse forastero en sus calles.

Al hilo de sus pensamientos, la sonrisa de Erban se acentuó. Tal vez Nefira estaba en lo cierto. Tal vez estaba empezando a sentir que aquella ciudad tan extraordinaria era su nuevo hogar.

—¿Tengo razón o no? —Insistió la guardiana.

—¿Quién sabe? Han cambiado tantas cosas... —se irguió en el asiento y trató de mostrarse más animado—. Pero cuéntame sobre ti. ¿Qué tal te sientes al ser una guardiana de pleno derecho?

—¡Oh, de maravilla! —Nefira sonrió, radiante, y acarició casi con ternura la empuñadura de la falcata, que pendía de su costado como era habitual—. *Neru Atela* es una guardiana veterana y una gran jefa. Nos trata a todas con respeto y confianza.

—Muy diferente de esa amargada de Bresia, ¿verdad?

La expresión alegre de Nefira se congeló bruscamente.

—Mejor no digas eso muy alto, Erban. La Tercera Espada... bueno, digamos que es bastante rencorosa. Me temo que sigue airada conmigo porque me salté la jerarquía al acudir a *neru Atela*. Y el hecho de encontrarse un edonte muerto que confirmaba cuanto le dije no ha hecho sino avivar su rabia. No creo que se atreva a hacerme nada pero... mejor no darle motivos, ¿de acuerdo?

Erban alzó las manos en ademán tranquilizador.

—No te preocupes. Últimamente me estoy especializando en pasar desapercibido.

—Sí, ya lo veo. El disfraz de bardo te sienta de maravilla...

—¡Déjalo ya! Un descuido lo tiene cualquiera, ¿no?

Mientras Erban trataba de defenderse de las bromas de Nefira, una figura achaparrada entró al trote en el salón y se dirigió a su mesa. Vestía ropas viejas y

remendadas, y una especie de mancha borrosa teñía su frente y el dorso de sus manos. Una sonrisa socarrona asomaba bajo los ojos de color gris acerado.

—¡Hola, compadres! —Aikón se dejó caer en una silla junto a ellos y sin más preámbulos dio un largo trago a la jarra de Nefira—. ¡Ahhhh, vengo sediento! Mis negocios van tan bien que no tengo un momento de respiro.

Erban miró al hombrecillo con alegría. Últimamente apenas le veía, pues su faceta emprendedora andaba metida en mil y un asuntos, y su faceta introvertida había abandonado la costumbre de pasarse las horas en la Biblioteca.

—Entonces, ¿te va bien? ¿Sigues vendiendo falsos hechizos y cosas así?

Aikón dejó escapar una risita traviesa y se sacó de la manga un frasquito de fino cristal, lleno de una sustancia color verde manzana.

—La duda ofende, compadre. Ya te dije una vez que no tengo la menor idea de la efectividad de mis productos. Sólo vendo posibilidades, no es culpa mía que digan por ahí que este elixir milagroso cura todos los males del cuerpo, e incluso algunos de la mente —arrojó el frasquito sobre su cabeza y lo recogió al vuelo—. Un qires la botellita, y tres por la oferta especial de cinco unidades.

—¿Y la gente lo compra? —preguntó Nefira, desdeñosa.

—¡A capazos, mi querida guardiana! —con un rápido gesto hizo resonar su bolsa repleta—. Me estoy haciendo de oro con este brebaje. ¿No querrías invertir en el negocio? Te ofrezco un porcentaje razonable de ganancias, y un extra si me haces publicidad entre tus hermanas.

—¡Por todos los Dioses, claro que no! —exclamó Nefira, horrorizada ante semejante idea—. No pienso malgastar mi paga en tus timos.

—¿Y tú, compadre?

—A mí no me mires —Erban, muy a su pesar, no podía evitar sonreír ante las excentricidades del hombrecillo—. Yo no tengo más dinero que el poco que me asignó el Pritán. Pero lo que me asombra es que, si te va tan bien, no te gastes un poco en arreglar esas ropas andrajosas que llevas.

Aikón miró de reojo su atuendo remendado e hizo gesto de quitarle importancia.

—Mi imagen es parte del éxito, compadre. Todo el mundo sabe que los verdaderos hechiceros visten así. ¡Pero no sé para qué me esfuerzo! Bien se ve que no tenéis la afilada astucia ni el ingenio sutil necesarios para triunfar en los negocios. ¡Bah! Como me caéis bien, os regalo una muestra gratis a cada uno.

Otro gesto fugaz, y dos frasquitos aparecieron de pronto en las manos del

hombrecillo. Nefira cogió el suyo con visible desconfianza y lo guardó en lo más profundo de sus bolsillos. Erban, en cambio, se atrevió incluso a olfatear el mejunje. Tenía un olor intenso, a humedad, a tormenta reciente.

—¿Y esto cura todos los males?

—¿Quién sabe? Sea como fuere, ¡jamás se te ocurra tomarlo solo! —levantó un dedo largo y huesudo a modo de advertencia—. Mézclalo antes con vino. Y si es un buen vino aquíreo, mejor efecto tendrá. Y hablando de vino, ¿por qué no me invitáis a un trago, compadres?

—¡Pero si ya te has bebido el mío, sinvergüenza! —exclamó Nefira, agitando furiosamente la jarra vacía ante los ojos grises del hombrecillo.

—¡Qué poca consideración! —replicó éste con fingida indignación—. Esperaba más generosidad de una guardiana de Hacra, francamente.

Y así siguieron, enzarzados en una discusión absurda en la que la cólera de Nefira poco podía hacer contra los comentarios socarrones de Aikón. Erban prefirió levantarse e ir a por más vino para zanjar la disputa. Acudió hasta el mostrador del salón, llamó y esperó a que alguien se asomara desde las cocinas.

Quien finalmente apareció fue la joven sirvienta, la misma que le había atendido en su primer día de estancia en la Hospedería. Erban tragó saliva y se sintió de pronto muy nervioso y ridículo, desarmado por aquella sonrisa radiante.

—Hola, Erban. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ehhh... sí, bueno, esto... un jarro de vino si es posible, Mera.

Mera, que así se llamaba, dejó escapar una risita que se parecía extrañamente al gorjeo travieso de Aikón y desapareció por la puerta que conducía a la bodega. No tardó en volver con el pedido.

—Aquí tienes. A cuenta de la casa, como siempre.

—Gra... gracias.

La sonrisa de Mera se acentuó. Sus ojos, teñidos de un brillo que Erban no recordaba haber visto antes, se demoraron en observarle sólo un instante más de la cuenta, antes de desaparecer por la puerta de la cocina.

Erbán, sintiendo que le subía el rubor a la cara, se enfadó consigo mismo. ¿Cómo era posible que le temblara la voz de esa forma por semejante tontería? Aquella chica le trastornaba con una simple sonrisa, algo que ni Cleandro ni Taróas habían logrado hacer con todas sus terribles amenazas... No demasiado, al menos.

Pensar en esto recompuso un poco su orgullo maltrecho, pero sólo hasta que

volvió a la mesa y se enfrentó a las carcajadas de Aikón y a las miradas a un tiempo burlonas y tiernas de Nefira.